

José Antonio Fernández de la Orden

Un Cuento Para Soñar



Mundo Libre Libros

Un Cuento Para Soñar

El viaje había sido como lo esperado, tranquilo y apacible. Viajar en ferrocarril siempre me suponía un estado de bienestar, el olor de la vieja estación, sus rancias vías, sus andenes que soportan el peso de miles de sueños, su reloj medio descolgado, sus vidrieras de colores, mi mano que sujeta mi maleta agarrando con fuerza casi toda mi vida. Cuando el tren se va acercando es como si algo nuevo fuera a pasarme, sensación que recojo con alegría y esperanza. El Royal Pires paró delante de mí. Busqué el vagón número dos y la simpática azafata me dio la bienvenida.

—Sígame, señor Portua —la simpática y bella señorita me llevó hasta la suite París—. Adelante, señor Portua, espero que esté todo a su gusto, yo misma la he decorado personalmente, como a usted le gusta.

—Muchas gracias, señorita, esta todo perfecto —le di una buena propina y se marchó.

El Royal Pires soportaba tres vagones, en el primero se encontraba el elegante restaurante Imperial, sin duda lo más lujoso del tren, con especialidades divinas de la cocina francesa y española. En el segundo vagón se encuentran ocho suites, de las ocho siempre escojo la suite París. El tercer vagón no lo conocía.

Llegué a mi destino un poco antes de lo previsto, bajé del Royal Pires mientras me encaminaba al centro de la ciudad, donde tenía reservada una habitación en el hotel Ginebra. Durante el paseo repasaba mi trabajo, pensando en la conversación que iba a tener dentro de unas horas, de la cual dependía el éxito o el fracaso de muchos años. Yo me encontraba tranquilo y con la seguridad de que todo iba a salir bien; si fuera así, dentro de unas horas tendría el dinero suficiente para dejar de trabajar y así sellar el pasaporte a una nueva vida. Miles de sueños revoloteaban por mi cerebro, pero todo dependía de mi conversación con el señor Dupong, de ella dependía el éxito de mi venta.

Me di un baño de agua caliente y sales minerales, intentando relajarme, pero sin parar de pensar en el señor Dupong. Me vestí despacio, me puse mi traje más elegante mientras me miraba en un espejo largo y delgado. Me perfumé muy poco como a mí me gusta, me puse mi sombrero, cogí mi maletín y cerré la puerta en busca de la casa del señor Dupong.

El señor Dupong era una de las personas más ricas del mundo, eternamente dedicado a su numerosa familia y a sus infinitos negocios, persona de mucho respeto, de una educación exquisita heredada desde bien pequeño. Su progenitor, de corte noble, no entendía otra forma de educación, la misma que recibieron sus antepasados.

Cogí un taxi en dirección a la casa del señor Dupong, pero antes le hice dar unas vueltas por el centro de la ciudad. Era la tercera vez que visitaba esta hermosa ciudad

y he de reconocer que había magia en ella, algo invisible envolvía mis sentimientos, produciéndome una sensación de ternura y placer. Sus calles viejas y estrechas, su olor a mar y a cantina de pescadores, su exquisito criterio de construcción, lo suficientemente pequeña para vivir arropado y lo suficientemente grande para tener intimidad.

El taxista me dejó en la puerta de la impresionante mansión del señor Dupong. Me quedé esperando cerca de cinco minutos, hasta que dos hombres vinieron a buscarme en un coche muy lujoso.

—¿El señor Portua?

—Sí —contesté con normalidad.

—Espere un momento, enseguida le abrimos.

—Bien —volví a contestar.

Los dos hombres abrieron la puerta para dejarme pasar, por su esfuerzo debería pesar una tonelada, y me invitaron a subir al coche mientras nos encaminábamos a la casa del señor Dupong. Nada más pasar al recibidor, un mayordomo se apresuró a quitarme el abrigo y el sombrero -sígame, si es tan amable- me dijo el mayordomo. Yo le seguí sin rechistar, íbamos encaminados a la biblioteca, -esperé un momento, por favor- me comentó de nuevo el mayordomo. Llamó a la puerta y abrió muy despacio.

—Señor Dupong, el señor Portua está aquí.

—Hágale pasar, no se quede ahí; vamos, ¿a qué espera?

—Sí, señor —el mayordomo abrió la puerta y me invitó a pasar.

—Muchas gracias —dije.

Pasé a la biblioteca y volví a quedarme paralizado, ya era la tercera vez que la veía, pero, créanme, no he visto nada parecido, los libros parecen nacer de las paredes, el techo es una enorme cúpula decorada con bellos frescos y enormes ventanales, los cuales dejan ver el cielo.

—Señor Portua, es un placer volver a verle.

—Igualmente, señor Dupong— me apresuré a decir a la vez que le estrechaba la mano.

—Si no recuerdo mal han pasado cinco años desde su última visita, imagino que los mismos que lleva buscando la bella flor.

—Si me permite corregirle, llevo siete años buscando la bella flor para usted, anteriormente hice otras dos visitas.

—Cierto, señor Portua, le ruego que me perdone, mi cabeza empieza a estar vieja y hay cosas que se van escapando. Según dice ¿llevamos buscando la bella flor siete años?

—Así es, señor, llevamos siete años buscándola, pero por fin está aquí.

—¿Es cierto lo que dice?, ¿ha conseguido la bella flor?

—Me temo que sí, señor —contesté con una sonrisa en la cara.

—¿Sabe cuánto tiempo llevo buscando ese sello?

—No, señor.

—Yo tengo setenta y siete años, mi padre ya buscaba la bella flor y falleció cuando yo tenía catorce años, desde entonces llevo buscándola.

—No lo sabía. Es una historia preciosa.

—Cuando me informaron de su visita, pensé que todo había acabado, que serían malas noticias; pero dígame, hombre de dios, ¿por qué no me lo dijo por teléfono?

—Mi razón es la seguridad, señor.

—¿La seguridad? No entiendo.

—Lo he traído.

—¿Cómo? ¿¡Qué ha traído el sello!?, ¿¡qué ha traído la bella flor!?

—Sí, señor Dupong. He comprado el sello para usted, lo encontré y se lo he traído.

—Eso es magnífico.

El señor Dupong salió andando muy deprisa llamando por su nombre al mayordomo.

—¡Elvis, Elvis! —La puerta se abrió

—Me llamaba, señor.

—Busque enseguida el teléfono del señor Ares Claudi, dígame que es muy urgente, que se apresure a venir enseguida.

—Sí, señor.

—Cuénteme, cuénteme, señor Portua, ¿dónde lo tiene?

—Aquí mismo, en el maletín.

—No puede ser. ¿Puedo verlo, por favor?

—Por supuesto, señor Dupong, aunque necesito su mesa.

—Enseguida. Vamos a la mesa, ¿dónde lo consiguió?

—Me temo que eso no se lo puedo decir, comprenda que mi cliente busca la máxima discreción.

—Lo entiendo, lo entiendo. Discúlpeme, enseguida recojo estos cuatro papeles.

—Muchas gracias, señor.

Reposé mi maletín encima de la mesa, lo abrí con mucho cuidado. El maletín estaba cubierto de hojas de seda de diferentes colores que fui quitando una a una, hasta que llegué a la bella flor que reposaba en la mejor hoja de todas, perfectamente envuelta. El señor Dupong no pudo contener las lágrimas. En ese momento se abrió de nuevo la puerta, era Elvis anunciando que el señor Ares llegaría en diez minutos, pero el señor Dupong no levantaba la vista de la bella flor.

—Si no le importa le dejaré a solas el tiempo que usted necesite.

—¿Haría eso por mí?

—Por supuesto, señor Dupong, mi confianza en usted es absoluta

—Gracias, le estoy muy agradecido.

Me fui detrás de Elvis y abandoné la biblioteca. La venta iba bien; -todo parece ir por su camino-, pensaba mientras Elvis me ofrecía un café con pastas, -no, gracias-le dije, mientras me regocijaba en mi profundo pensamiento. -Dentro de poco se presentará el señor Ares y certificará la valía del sello, entonces llegará la negociación y por fin una vida nueva-. No es que no me gustara mi vida, llevo viajando por todo el mundo durante muchos años. Soy el cazatesoros, así me llaman, me dedico a buscar caprichos de ricos y luego lo negocio muy bien.

Mi fama corrió deprisa en el mundillo de los cazatesoros y así fue como llegó el señor Dupong, me preguntó por la bella flor y me ofreció negocio; desde entonces guardé mi secreto hasta hoy.

Llamaron a la puerta principal, el señor Ares había llegado. Elvis no tardó en presentármelo. -Encantado de conocerle-, contesté mientras Elvis abría la puerta de la biblioteca.

—Señor —exclamó Elvis—, el señor Ares está aquí.

—Hágale pasar, no pierda el tiempo, y al señor Portua también.

—Sí, señor.

Elvis nos invitó a pasar a la biblioteca.

—Señor Ares, ¿sabe lo que tengo en esta mesa?

—Lo desconozco —dijo el señor Ares con un tono guasón.

—Apresúrese, eche un vistazo.

—¡Por todos los santos!, ¿es la bella flor?

—Eso tiene que decirlo usted, señor Ares.

—¿Tiene mis bártulos a mano?

—Por supuesto.

El señor Dupong buscó en uno de sus cajones, del que extrajo una caja de madera donde se encontraban todo tipo de artilugios como lupas, calibres o tintas; se sentó en la mesa y empezó a trabajar.

—Necesitaré un tiempo, señores.

—Lo que usted necesite —se apresuró a decir el señor Dupong—. Mientras, tomemos una copa, ¿le apetece, señor Portua?

—Sí, estaría bien —contesté sin saber muy bien por qué.

Yo me considero un tipo refinado, de esos que aparentan ser cursis, siempre bien peinado y perfumado. Mi trabajo no me permitió otra postura y reconozco que me hice cómodo con la situación. Sin embargo, siempre he añorado una vida más inquieta, cómo decirlo, más alternativa, donde tuviera cabida otro tipo de aventuras, conocer una mujer hasta el punto de querer tener familia y tirar de ellos. Todo eso me obsesionaba continuamente, no echaba de menos una vida de lujuria y fiesta, echaba de menos una vida familiar. A mi padre le recuerdo como un hombre recto y muy inteligente, amante de las aventuras de piratas y de su profesión de cazatesoros. Él fue el que me metió en esto, yo apenas me daba cuenta, pero él ponía los cimientos para que yo no pasara hambre y así fue como me dio mi mayor tesoro, la bella flor.

El señor Dupong no paraba de hablar, me contaba historias de la bella flor, de todos los cazatesoros que contrató sin éxito, y me hablaba de uno en especial: el señor Clavé. Un hombre que dedicó su vida a la búsqueda de la bella flor, por supuesto financiado por el señor Dupong. Me subrayaba que fue la persona que más cerca estuvo de conseguir tan preciado sello. El señor Dupong no dejaba de hablar de él, sin saber que era mi padre. Yo me sentía orgulloso con la forma en la que el señor Dupong

narraba la búsqueda que mi padre hizo por todo el mundo, todas eran palabras de agradecimiento y admiración y de ejemplo al sacrificio.

El señor Ares tardó más de dos horas en hacer su trabajo, el señor Dupong cada vez estaba más excitado y yo más nervioso. Estaba seguro de la validez del sello, pero había llegado el momento de saberlo, de salir de una duda que arrastraba toda mi vida: ¿qué pasaría si no fuera la bella flor, si a mi padre lo timaron?, gran parte de mi infancia volaría con ello. Como podía seguía la conversación con el señor Dupong, que ya rozaba la pesadez mezclada con una situación casi insoportable. De pronto la voz del señor Ares se elevó entre nosotros.

Mundo Libre Libros

La biblioteca de todos/as



Si quieres seguir leyendo este libro
pincha aquí

mundolibrelibros.com/un-cuento-para-sonar/